
**La metáfora del periplo del héroe en El árbol rojo de Shaun Tan:
una travesía hacia la construcción de la identidad**

POR ANDREA BIBIANA PUCHMÜLLER Y LUCÍA BEATRIZ QUIROGA

Resumen: El presente trabajo parte de la hipótesis de que el viaje de la niña protagonista de *El árbol rojo* (2011), de Shaun Tan, puede interpretarse como una metáfora del proceso evolutivo hacia la construcción de su identidad. Para caracterizar y describir dicho proceso, recurrimos a las etapas del viaje del héroe clásico (Campbell, 1959) como clave interpretativa del recorrido que realiza la protagonista. Tomamos además los estudios psicoanalíticos de Bruno Bettelheim (1994) acerca de la identidad infantil y los conflictos existenciales del crecimiento.

Al igual que el héroe clásico, la protagonista se embarca en un periplo que consta de las tres macro-etapas del monomito (partida, iniciación y regreso) a través de las cuales transita un proceso de construcción de su identidad y de autodescubrimiento. Las pruebas que debe superar se relacionan con los conflictos que afloran de su dilema existencial: la imposibilidad para comunicarse, la ansiedad por ser aceptada, la conciencia insatisfecha del yo, el sinsentido de su vida, etc. Al final del viaje, la niña logra “la gracia última” del héroe que se equipara al reconocimiento y la aceptación del yo.

Palabras clave: El árbol rojo, monomito, viaje, identidad infantil.

Abstract: *The present study is based on the hypothesis that the journey of the protagonist of The Red Tree (2001) by Shaun Tan can be interpreted as a metaphor of the maturation process towards the building of the character's identity. To characterize and describe such a process, the stages of the classical hero's journey (Campbell, 1959) were followed. Bruno Bettelheim's psychoanalytic studies of children's identity and their existential conflicts of maturation were also considered.*

Just like the classical hero, the protagonist embarks on a journey that consists of the three macro stages of the monomyth (departure, initiation and return) through which

the protagonist undergoes a process of self-discovery and identity building. The tests she has to overcome are related to the conflicts arising from her existential dilemma: an inability to communicate, an unsatisfied conscience of the self, the meaninglessness of her life etc. At the end of the journey, the girl achieves the hero's "ultimate boon" that equates to the recognition and acceptance of the ego.

Keywords: *The red tree, monomyth, journey, children's identity.*

La metáfora del periplo del héroe en El árbol rojo de Shaun Tan: una travesía hacia la construcción de la identidad

Lucía Beatriz Quiroga¹

Andrea Bibiana Puchmüller²

Introducción

Lo que un niño debería obtener de la experiencia de la lectura literaria es el acceso a un sentido más profundo y a lo que está lleno de significado para él en su estadio de desarrollo. De acuerdo a Bruno Bettelheim (1994, p. 8) para que un cuento sea significativo para el niño y enriquezca su vida debe estimular su imaginación, ayudarlo a desarrollar su intelecto y a clarificar sus emociones; ha de estar de acuerdo con sus ansiedades y aspiraciones; hacerle reconocer plenamente sus dificultades, al mismo tiempo que sugerirle soluciones a los problemas que le inquietan. Bettelheim (1994) considera que las historias que tratan con los problemas humanos universales, sobre todo aquellos que preocupan la mente del niño, son los mitos y los cuentos de hadas. La riqueza de estos géneros es que hablan a su pequeño yo en formación y estimulan su desarrollo, mientras que, al mismo tiempo, liberan al preconsciente y al inconsciente de sus pulsiones.

Tanto los mitos como los cuentos de hadas expresan de forma simbólica un conflicto interno y sugieren alegóricamente cómo éste podría resolverse. Estos géneros proporcionan conocimientos profundos que “han sostenido a la humanidad a través de las interminables vicisitudes de su existencia, una herencia que no se ha revelado a los niños de ninguna otra manera, sino de un modo simple, directo y accesible” (Bettelheim, 1994, p. 29). La diferencia más notable entre ambos es que “el héroe del cuento de

¹Profesora de Inglés y Magister en Literaturas Contemporáneas en Lengua Inglesa. Profesora Efectiva de Literatura Infanto-juvenil del Profesorado de Inglés, Instituto de Formación Docente Continua, San Luis. Docente auxiliar del profesorado Universitario en Letras, Universidad Nacional de San Luis, Argentina. E-mail: lucibquiroga@gmail.com.

² Licenciada en Lengua y Literatura Inglesa y Doctora en Letras. Profesora Adjunta Exclusiva Interina del Profesorado Universitario en Letras, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Directora del Proyecto “Literatura e Identidades: Intersecciones, Construcciones y Representaciones” (Ciencia y Técnica de la UNSL). Email: puchmuller@gmail.com

hadas alcanza un triunfo doméstico y microscópico, mientras que el héroe del mito tiene un triunfo macroscópico, histórico-mundial” (Campbell, 1959, p. 29). Es por esta razón que la identificación del niño sea más fácil con el héroe del cuento de hadas, ya que el niño necesita más que nadie que se le den sugerencias, en forma simbólica, de cómo debe tratar con dichas historias y avanzar sin peligro hacia la madurez.

Bettelheim (1994, p. 10) afirma que las historias modernas que se escriben para los niños – a las que denomina “historias seguras”- evitan, generalmente, los problemas existenciales: no mencionan ni la muerte ni el envejecimiento, ni tratan con los problemas psicológicos del crecimiento como sí lo hacen los cuentos tradicionales. Sin embargo, encontramos que hay un gran número de escritores posmodernos que capturan en sus historias la misma esencia y profundidad que los cuentos de hadas, presentando al niño material que le permite comprender lo que está ocurriendo en su yo consciente y enfrentarse, también, con lo que sucede en su inconsciente. Estas historias posmodernas se caracterizan por tomar como punto de partida temas intrincados y desafiantes tanto para el niño como para el adulto (Lewis, 2001). Muchas de ellas parten de los mismos conflictos internos universales de las que parten los mitos y los cuentos de hadas y los reposicionan en escenarios y geografías modernas. Otras resignifican la fórmula típica del viaje del héroe clásico (separación-iniciación-retorno) y sostienen el andamiaje narrativo a través de las etapas de la aventura universal, con el objeto de construir el crecimiento interior de los personajes. Si bien esta organización es típica de los mitos, ciertas narraciones posmodernas se asientan en la creencia de que el viaje, como motivo simbólico, forma parte del ser humano, de su formación identitaria, de su inconsciente colectivo, de sus raíces culturales y de su percepción del mundo.

Shaun Tan, escritor e ilustrador australiano, considerado como una de las voces más originales de los últimos años en el mundo del libro álbum, es uno de los autores cuyas narraciones se alejan de ser “historias seguras” en los términos planteados por Bettelheim. Sus obras nos transportan a mundos plagados de un simbolismo profundo que tratan de temas inspiradores para el niño-lector. Tan utiliza el tema del viaje de manera explícita en algunos de sus libros álbum tales como *Inmigrantes* (2016) y *Conejos* (1998). En *El árbol rojo* (2001) la protagonista, una niña pelirroja, también se moviliza

fuera del mundo conocido de su habitación y emprende un viaje por un mundo surrealista. El presente trabajo parte de la hipótesis de que el viaje de la niña de *El árbol rojo* puede considerarse como una metáfora del proceso evolutivo hacia la construcción de su identidad. Para caracterizar y describir dicho proceso, recurrimos a las etapas del viaje del héroe clásico (Campbell, 1959) como clave interpretativa del recorrido que realiza la protagonista.

Marco teórico

Identidad e infancia

La noción de identidad es un problema complejo, ya que la misma se ve atravesada por una multiplicidad de factores psicológicos y sociológicos que la determinan. Autores como Madan Sarup (1996), Zygmunt Bauman (2005) y Leonor Arfuch (2005) consideran a la identidad enfatizando la diferencia y la Otredad, superando la tendencia cosificante del esencialismo: la identidad es fabricada, construida, es multidimensional y parte de un proceso que se desarrolla en varios niveles, a través de diferentes prácticas y situaciones. De esta manera, los puntos sobresalientes que permiten meditar la identidad son la afirmación del devenir y la búsqueda constante. De acuerdo a Sarup (1996), nadie nace con una identidad predeterminada, sino que la misma se va construyendo en un proceso que se genera a través de la identificación con algo o alguien. La identidad presupone identificación. Es decir que “la identidad se va conformando a través de una serie de identificaciones que implican la asimilación de múltiples aspectos que el modelo social inmediato provee” (p. 30).

La relevancia de los aspectos particulares de nuestra identidad varía en los diferentes momentos de nuestras vidas. En efecto, el proceso de integración de las partes componentes de nuestra auto-definición es un viaje que dura toda la vida (Tatum, 1997). En el período de la infancia, el niño debe transitar y superar una serie de conflictos y crisis psicosociales inherentes al proceso de construcción de su identidad. De acuerdo a Bettelheim (1994) el proceso identitario implica alcanzar también una madurez psicológica que nos permita obtener una comprensión cierta de lo que es o de lo que debe ser el sentido del ser y de la vida:

Se necesitan numerosas experiencias durante el crecimiento para alcanzar este sentido. El niño, mientras se desarrolla, debe aprender, paso a paso, a comprenderse mejor; así se hace más capaz de comprender a los otros y de relacionarse con ellos de un modo mutuamente satisfactorio y lleno de significado. (Bettelheim, 1994, p. 8)

Durante la infancia, el niño vivencia diversas crisis identitarias que están directamente relacionadas con los dilemas existenciales del crecimiento infantil: frustraciones narcisistas, conflictos edípicos, rivalidades fraternas, miedo al abandono, a la soledad y a la muerte, temor a crecer y madurar etc. El niño está sujeto a sentimientos desesperados de soledad y aislamiento, y a menudo, experimenta angustia y opresión. Generalmente es incapaz de expresar en palabras esos sentimientos, y tan sólo puede sugerirlos indirectamente: miedo a la oscuridad, a algún animal, angustia respecto a su propio cuerpo (Bettelheim, 1984). Para poder superar estos conflictos existenciales, dominar los problemas psicológicos del crecimiento y obtener un sentimiento de identidad, el niño necesita comprender lo que está ocurriendo en su yo consciente y enfrentarse, también, con lo que sucede en su inconsciente. En este punto es donde la ficción literaria (de calidad), según Bettelheim, juega un papel terapéutico para la conformación del yo infantil, ya que ofrece a la imaginación del niño nuevas dimensiones a las que le sería imposible llegar por sí solo. A través de la narración, la identidad adquiere una dimensión simbólica que se manifiesta en el discurso. De acuerdo a Arfuch (2005) no hay identidad por fuera de la representación, es decir, de la narrativización, pues narrar es hablar de una vida en donde cada sujeto, usando los recursos del lenguaje, de su cultura y de su historia, se representa, es representado o puede representarse siempre.

El viaje como transformación personal

Si bien la idea del viaje como transformación personal está de algún modo instalada en nuestro inconsciente colectivo, el viaje adquiere un significado potente y misterioso cuando el protagonista se descubre a sí mismo en la travesía. El viaje se desarrolla invariablemente a través de una doble mecánica: el viaje exterior, que da cuenta del desplazamiento inicial en el espacio y el tiempo, el cual de alguna manera canaliza y ayuda a que se produzca el viaje interior, el del autodescubrimiento. Por lo general, el

desplazamiento se constituye en una metáfora del descubrimiento de la propia identidad, pues el héroe se transforma con la experiencia y, “o bien retorna al hogar transfigurado, o bien la mutación alcanza tales cotas que nunca volverá al lugar de partida, sino que se instalará y fundará su hogar en la nueva tierra” (Ibarra & Ballester, 2011, p. 128).

La idea de la transformación personal forma parte del mito universal que Campbell (1959) explicó como el *Viaje del Héroe*, que representa la transformación personal a través de una serie de etapas y pruebas, a las que el “héroe” se enfrenta, la que da la dimensión metafórica de *Viaje* a ese proceso de cambio. La aventura del héroe inicia desde el mundo de todos los días, y recibe algún tipo de llamada para penetrar en otro mundo desconocido de poderes y acontecimientos extraños. El héroe que acepta la llamada para entrar en este mundo extraño debe enfrentarse a diversas tareas y pruebas, ya sea en solitario o con ayuda. Si el héroe sobrevive, obtiene un gran don o bendición. Después, el héroe debe decidir si regresa al mundo ordinario con el don adquirido. En el caso de decidir volver, el héroe a menudo se enfrenta a retos en el viaje de vuelta. Si el héroe regresa con éxito, la bendición o el don se pueden usar para mejorar el mundo. El camino común de la aventura mitológica del héroe está representado en el modelo: *separación-iniciación-retorno*, etapas que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito³.

La “*Partida*” trata de la aventura del héroe antes de iniciar el viaje; esta etapa parte de una situación mundana en la que de pronto le llega un indicio que actúa en su mente como llamada hacia lo desconocido: “Una ligereza - aparentemente accidental - revela un mundo insospechado y el individuo queda expuesto a una relación con poderes que no se entienden correctamente” (Campbell, 1959, p. 36). En este primer estadio, el destino ha llamado al héroe y ha transferido su centro de gravedad espiritual del seno de lo familiar a una zona desconocida, donde lo que antes estaba lleno de significado se vuelve extrañamente carente de sentido: “De aquí que aun cuando el héroe vuelva por un tiempo a sus ocupaciones familiares, puede encontrarlas

³ El *monomito* o *mito único*, también conocido como *viaje* o, mejor, *periplo del héroe*, es un término acuñado por el antropólogo y mitólogo estadounidense Joseph Campbell (1959) para definir el modelo básico de muchos relatos épicos de todo el mundo.

infructuosas” (p. 39). A menudo, cuando se da “la llamada a la aventura”, el futuro héroe se niega en principio a prestarle atención (“negativa al llamado”). Esto puede ser por su sentido del deber u obligación, por miedo, o inseguridad, un sentimiento de debilidad, pero “una serie de signos de fuerza creciente se hará visible entonces, hasta que las llamadas ya no puedan desoírse” (p. 39). Una vez que el héroe se ha comprometido en la búsqueda, aparece un guía o ayudante mágico, o se le revela entre las personas conocidas, quien presentará al héroe uno o varios artefactos que lo ayudarán más adelante en la búsqueda. Este es el punto en el que el héroe cruzará “el primer umbral” ingresando al campo de la aventura dejando atrás las fronteras conocidas de su mundo y aventurándose en un terreno desconocido y peligroso donde no se conocen reglas ni limitaciones. Se sumerge así, en lo que Campbell denomina “el vientre de la ballena” que simboliza la separación entre el yo y el mundo. El héroe sufre una especie de autoaniquilación y debe realizar el viaje interior y avanzar hacia adentro, a fin de renacer.

La etapa de la “Iniciación” comienza con un largo camino de pruebas a las que el héroe debe enfrentarse y superar. De acuerdo a Campbell (1959), la partida original al escenario de las pruebas representa sólo el comienzo del camino de las conquistas de iniciación; son momentos de iluminación. El héroe supera obstáculos sorprendentes, se enfrenta a peligros desconocidos y saborea algunas victorias preliminares. La última aventura, cuando se han superado todas las barreras y se han vencido los peligros, se representa comúnmente como “el encuentro con la diosa”. Este encuentro simbólicamente es la prueba final del talento del héroe para ganar algún tipo de don y crecer en experiencia. También es posible que el héroe se enfrente a ciertas tentaciones, a menudo de naturaleza física o placentera, que pueden llevarlo a abandonar o apartarse de su misión. Esta etapa es denominada “la mujer como tentación” aunque la figura femenina actúa simplemente como metáfora. En el próximo paso, “la reconciliación con el padre” el héroe debe enfrentarse ante aquello que ostenta el máximo poder en su vida. En muchos mitos e historias es el padre, o una figura paterna, el que posee el poder sobre la vida y la muerte. Al igual que en el momento anterior, la masculinidad es solo alegórica pudiendo ser cualquier entidad con gran poder. La “apoteosis” del héroe deviene cuando recibe la dignidad de los dioses, logrando un

estado de conocimiento, experiencia y felicidad. Se trata de un período de descanso, paz y plenitud previo al comienzo del retorno del héroe.

El último momento del viaje es el “Regreso”, que a veces se transforma en una “negativa al regreso” debido a la comodidad ganada por el héroe en el mundo paralelo; otras, comienza con “la huida mágica” cuando el héroe ha superado las pruebas sin la aprobación de los dioses y deber escapar. En otras oportunidades, quizá necesite ser llevado de vuelta de su aventura sobrenatural con asistencia externa (“rescate del mundo exterior”). Cualquiera sea la forma en que ocurra el periplo de vuelta, se debe cruzar “el umbral del regreso” que implica la conservación de la sabiduría adquirida en la búsqueda y la incorporación de dicha sabiduría en la vida humana. Así, al final del viaje se obtiene “la posesión de los dos mundos”, el equilibrio que se logra entre el mundo interior y el exterior, y “la libertad para vivir”, un regreso a la vida para vivirla con más sentido.

El árbol rojo

En el libro álbum de Shaun Tan *El árbol rojo* (2001), el periplo de desplazamiento tanto físico como interior deviene metáfora del autodescubrimiento de una niña, que viaja de una existencia sin sentido hacia el reconocimiento y la afirmación de su identidad. Antes de la etapa del comienzo del viaje y de la aventura de la heroína, Shaun Tan nos presenta variadas panorámicas paratextuales del estado en el que se encuentra la niña protagonista: una pre-etapa que nos prepara para la partida. La portada del libro despliega una imagen de la niña -meditabunda, triste, pensativa- navegando en un barco de papel en una inmensa extensión de agua. La nave de papel reafirma la idea de un estado de fragilidad, desolación, futilidad y negatividad, ya que por un lado al estar construido de papel transmite la incertidumbre de que podría hundirse en algún momento y por el otro, despliega ininteligibles fragmentos de texto que dejan asomar ciertas palabras tales como “problemas”, “nada”, “no”, “peor”, “oscuridad” denotando una atmósfera un tanto depresiva. En una segunda imagen la niña se muestra parada sobre un banco sosteniendo un megáfono del cual brotan letras que caen en el aire sin transmitir ningún significado. Parecería implicar que la niña está perdiendo su lenguaje, que está escapando de ella tal vez porque es inútil preservarlo (Johansen, 2014, p. 7). La

imagen transmite la imperiosa necesidad de la niña de comunicarse, de ser escuchada, pero que se desvanece. Ontológicamente somos lenguaje, nuestras experiencias se realizan desde el lenguaje, y es a través de él que construimos nuestra existencia. De acuerdo a Kierkegaard (en Johansen, 2004, p.7) “la pérdida del lenguaje es sinónimo de la pérdida de la propia identidad”.

“La partida” hacia el viaje que emprende la niña comienza con “la llamada” en su habitación –gris y flébil- en donde la sensación de que “a veces el día comienza vacío de esperanzas” (Tan, 2001, p. 17) inunda el espacio. La llamada surge justamente de la necesidad interior de la niña de resolver (o por lo menos enfrentar) su dilema existencial: su vida parece absurda y sin sentido, se siente aislada, incomunicada y no se conoce a sí misma. Debe construir un sentido de identidad para lo cual “la primera misión del héroe es retirarse de la escena del mundo de los efectos secundarios, a aquellas zonas causales de la psique que es donde residen las verdaderas dificultades, y allí aclarar dichas dificultades [...] y llegar hacia la experiencia y la asimilación no distorsionada de las que Jung ha llamado imágenes arquetípicas” (Campbell, 1959, p. 18). Al igual que el héroe clásico, quien en esta etapa recibe cierto tipo de ayuda a menudo de una figura protectora que le proporciona amuletos contra los peligros que debe enfrentar, la niña comienza su viaje acompañada de un amuleto: una hoja roja de arce. La hoja roja, que al final del viaje encontrará su lugar en la completitud de la copa del árbol rojo, simboliza la esperanza y el sentido de llegar a ser, que coincide con el periplo de búsqueda y autoconocimiento de la niña (cuyo pelo despliega el mismo color que la hoja, produciéndose un cierto sentido de identificación). La hoja roja, como amuleto que brinda apoyo y aval al héroe, acompaña a la niña en cada instancia de su viaje: aunque a veces pasa desapercibida, Shaun Tan la incluye en todas las imágenes de su libro álbum.

Acontece luego el “cruce del primer umbral”, que coincide con el límite geográfico del umbral de la habitación de la niña, y es motivado porque “las cosas van de mal en peor” (Tan, 2001, p. 19). Como producto de una pesadilla, las hojas caducas y decrépitas y el impulso que conllevan de ahogar a la niña, la impulsan a escapar y cruzar el umbral en búsqueda de una especie de renacimiento o renovación de la vida pasada. Al cruzar el umbral, el héroe es tragado por lo desconocido, y en el momento de la

entrada muestra entrega y disposición a someterse a una metamorfosis que lo hará renacer. De este modo la niña se adentra en el vientre de la ballena – una ciudad surrealista y de tinte pesadillesco– y deja por un momento la vida segura de su hogar.

En el mito, detrás de la frontera del umbral está la oscuridad, lo desconocido y el peligro y sería más seguro permanecer dentro de los límites indicados. Sin embargo, la niña da el primer paso hacia lo inexplorado para iniciar la etapa de “la iniciación”. De acuerdo a Campbell (1959, p. 51), las regiones de lo desconocido (desiertos, selvas, mares profundos, tierras extrañas, etc.) son libre campo para la proyección de los contenidos inconscientes. Tales contenidos inconscientes aparecen representados en *El árbol rojo* en el paisaje urbano de un mundo posmoderno, caótico y surrealista, que se asemeja a las visiones propias de un sueño. Los distintos momentos del viaje que realiza la niña no tienen una estructura narratológica lineal y cronológica, sino más bien caótica y fragmentada, al igual que sucede con nuestros procesos inconscientes, allí donde se dan los acontecimientos más remotos, singulares y alarmantes. Al respecto, Bettelheim señala que

El contenido del inconsciente es, a la vez, algo oculto pero familiar, algo oscuro pero atractivo, que origina la angustia más intensa así como la esperanza más desorbitada. No está limitado por un tiempo o un espacio específicos; ni siquiera por una secuencia lógica de hechos, como lo definiría nuestra racionalidad (1994, p. 78).

Los lugares que nos presenta el cuento, extraños y desconcertantes, sugieren un viaje hacia el interior de la mente de la protagonista, hacia los reinos de la inconsciencia y del inconsciente.

De esta manera, la niña comienza con el “camino de las pruebas” que consiste en instancias y vivencias de superación del sentido de discordancia y de cercenamiento de su identidad, y de completitud del yo. La niña recorre la ciudad y se expone a una serie de peligros psicológicos que afloran de su dilema existencial: la imposibilidad de comunicarse, la ausencia de comprensión, la incapacidad de aceptarse como es, la ansiedad por ser aceptada, el sinsentido y el vacío de la vida. Tales amenazas se materializan en imágenes simbólicas. La incomunicación se escenifica en un inquietante paisaje citadino por el que camina la pelirroja protagonista, ensombrecida por un pez-monstruo y rodeada pero ignorada por transeúntes cabizbajos y solitarios. También

aparece una ciudad atisbada de puertas y ventanas a las que la niña no tiene acceso y que acentúan su sentimiento de desorientación (Sebastián y Gutiérrez, 2016). El estado de autismo y extrañamiento de la protagonista se revelan cuando surrealísticamente abre la tapa de su pecho emulando a un robot, inmersa en un mundo-máquina que es percibido como sordo y sin sentido, y revela su corazón automatizado convertido en una bombilla de luz.

El enajenamiento y el sentimiento de incompreensión se acentúan en la imagen de la niña encerrada en una botella, con su cuerpo apisonado por la falta de espacio y por el peso de un antiguo casco de buceo de hierro que no tiene tubo para respirar. El texto verbal “nadie entiende nada” (Tan, 2001, p. 23) intensifica el sentido de asfixia que transmite la imagen. Ésta incluso connota una acepción de nihilismo y muerte, ya que si el agua continúa entrando en la botella causará el aniquilamiento de la niña. Como el héroe clásico, la protagonista se ha sumergido muy profundamente en el vientre de la ballena, del que debe emerger y resurgir habiendo ganado experiencia y un mayor conocimiento de sí misma.

Otras pruebas alegóricas en el viaje de la protagonista en las que se enfrenta a un sentido de pérdida y de desilusión existencial son la oposición al tiempo, a la tempestad y al destino. El paso del tiempo es percibido como un caracol que se moviliza muy lentamente y en cuyo caparazón la niña marca el paso de los días como si estuviese encerrada en una prisión, “pero nunca nada ocurre” (Tan, 2001, p. 29). La tempestad, interpretada por barcos titánicos que colisionan entre sí y que empujan al pequeño bote rojo de la niña hacia el ojo de la tormenta, representa a todos sus “problemas que llegan de golpe” (Tan, 2001, p. 30). La tercera prueba, enfrentarse al destino, es un monstruo mecánico que sostiene un reloj de arena, que espera al final del camino y contra el que la niña debe competir lanzando un dado. Este simbolismo del destino como trazado, fortuito y azaroso implicaría la impotencia del ser frente a un fin no escogido, en forma opuesta a la del libre albedrío o a la libertad de ser y hacer. Poco a poco, el camino de las pruebas conduce a la niña pelirroja a enfrentar sus miedos y a reafirmar su identidad. De acuerdo a Campbell (1959, p. 66):

La partida original a la tierra de las pruebas representa solamente el principio del sendero largo y verdaderamente peligroso de las conquistas iniciadoras y los

momentos de iluminación. Habrá que matar los dragones y que traspasar sorprendentes barreras, una, otra y otra vez. Mientras tanto se registrará una multitud de victorias preliminares, de éxtasis pasajeros y reflejos momentáneos de la tierra maravillosa.

El desdoblamiento y cercenamiento del yo, como otro obstáculo a superar, se expresa en este libro álbum de manera temática y estética en relación con el sentido de búsqueda de la identidad. Desde la dimensión simbólica de la creación literaria, el tema de la duplicidad que envuelve a la existencia humana se orienta a representar el desdoblamiento de la conciencia insatisfecha del yo, la confusión de las apariencias y de los límites entre la identidad y la alteridad (Bargalló Carraté, 1994). En *El árbol rojo* el fenómeno de desdoblamiento se comunica miméticamente en la imagen de la protagonista en el teatro: “la niña se presenta en diferentes versiones de sí misma: como una niña, como un títere-guante, y también como un monotipo en la pared” (Johansen, 2014, p. 6). Además, aparece en la escena siguiente en que se dibuja a sí misma sobre una pared con su sombra proyectándose por detrás. El texto verbal potencia la idea del vacío de identidad: “a veces no tienes idea de qué debes hacer, o de quién se supone que eres” (Tan, 2001, p. 36). El desdoblamiento del yo percibido por la conciencia pone en cuestión los fundamentos de la identidad del sujeto y de su diferencia frente al Otro. Plantea además la desintegración de la instancia de la conciencia unificadora del yo individual.

Desde nuestra interioridad nos sentimos, por lo tanto, un sujeto único y diferente de todo lo demás. Pero esto no nos permite afirmar, sin embargo, en qué consiste el dinamismo cognitivo y vital de nuestra conciencia, ni qué sentido tiene nuestra identidad dentro de la compleja e inabarcable realidad del Cosmos que nos envuelve y del que formamos parte integrante. Para ello tendríamos que percibirnos desde fuera de nosotros mismos y conocer al mismo tiempo la totalidad de las fuerzas y dimensiones del universo en el que estamos inmersos. Evidentemente, esto nos resulta inaccesible. Por eso caminamos por la vida en medio de las sombras y de las apariencias buscando la clave de nuestra identidad, intentando olvidar el enigma inevitable de la muerte o luchando contra su poder disgregador para conseguir alcanzar la unidad soñada (Herrero Cecilia, 2011, p. 18).

En *El árbol rojo* la niña experimenta el fenómeno de la autoescopia en múltiples oportunidades: vemos su yo interior fragmentado, repetido y desdoblado en un otro, en

un ser exterior diferente con el que se identifica el yo del personaje. La niña confrontada con su doble vive la enigmática experiencia de fragmentación o desdoblamiento de su identidad y puede observar a su propio yo desde fuera. Esto le permite transformar los límites de su experiencia decepcionante construyendo un ideal que la pueda acercar a la realización de su plena identidad. A través de las imágenes de desdoblamiento “podemos ver que [la niña] no ha devenido concreta aún, aunque está en el camino de lograrlo. Se encuentra en el proceso de completarse a sí misma por sí misma” (Johansen, 2014, p.8).

El camino de las pruebas transitado por la niña culmina con la apoteosis de su búsqueda interior. En el mundo clásico, la apoteosis consiste en la concesión de la dignidad de los dioses al héroe. En esta narrativa posmoderna, esta glorificación consiste en el reconocimiento y la aceptación del yo: “la niña deviene un individuo concreto en el sentido de que crece junto con ella misma y deviene un todo cohesivo e indivisible” (Johansen, 2014, p. 11). Esta exaltación se plasma en una escena espectacular (tal como la apoteosis en el mundo teatral) que coincide con las etapas del regreso del viaje de la niña y del cruce del umbral de regreso a su habitación: se encuentra con el árbol rojo en todo su esplendor y magnitud. La atmósfera del cuarto de la niña cambia positivamente con su retorno: “... Pero de pronto ahí está/ Delante de ti/ Rebosante de color y vida/ Esperándote/ Tal como lo imaginaste” (Tan, 2001, pp. 43-45). El árbol rojo, símbolo de vida y crecimiento en la mitología universal, deviene metáfora de la completitud del yo de la niña. Al igual que el héroe clásico, la niña ha logrado en su viaje obtener el don definitivo o la gracia última, que son el objetivo final de su misión. Este don permanece como algo trascendente que ha de ser entendido como una realización primordial a nivel personal: “su existencia parecía no tener sentido, pero fue el resultado de relacionarse a ese sinsentido lo que le permitió elegirse tal como ella es” (Johansen, 2014, p. 11).

Al final de la travesía y al cruzar el umbral del regreso, el héroe ha logrado la posesión de los dos mundos: el crecimiento y el equilibrio interior que ha sido alimentado por las dificultades superadas en su viaje, lejos de la comodidad de lo conocido. Alcanza así la libertad para vivir. En *El árbol rojo* esa libertad no es más que el regreso a la cotidianidad para vivir la vida con más sentido. Sin embargo, la narración revela que el equilibrio emocional e identitario logrado por la niña siempre estará en

proceso de construcción y se someterá a nuevos cambios. En el caso del monomito “debe quedar siempre, desde el punto de vista de la conciencia normal despierta, cierta incongruencia desconcertante entre la sabiduría que se trae desde las profundidades y la prudencia que usualmente resulta efectiva en el mundo de la luz” (Campbell, 1959, p. 127). Efectivamente, la narración de *El Árbol rojo* finaliza con la imagen apoteótica de la niña y el árbol, pero al cerrar el libro, la contratapa revela el texto que cierra el ciclo del viaje y que lo impulsará a un nuevo comienzo: “a veces el día comienza vacío de esperanzas” (Tan, 2001, contratapa). Tal como lo indica Tatum (1997) el proceso de integración de las partes componentes de nuestra auto-definición es un viaje que dura toda la vida.

Conclusión

El motivo del viaje y la caracterización simbólica del mismo desde la propuesta del monomito de Campbell (1959) nos ofrece una clave interpretativa muy valiosa a la hora de leer cuentos posmodernos como *El árbol rojo* (2001). La protagonista del cuento de Shaun Tan (una niña del siglo XXI) realiza un periplo cuyos momentos coinciden con las etapas de la aventura del héroe clásico (separación-iniciación-retorno) y a través de las cuales se somete a un proceso de construcción de su identidad y de autodescubrimiento. Partiendo de una plataforma identitaria acosada por conflictos existenciales, la niña se embarca en un viaje simbólico de superación de complejos y cuestionamientos que rigen su vida. Así, el viaje de la protagonista en sí mismo representa “la necesidad de encontrarse consigo misma” (Bettelheim, 1994, p. 256).

En un primer momento, la niña cruza el primer umbral (separación de su entorno conocido, su casa) y entra en el vientre de la ballena (lo desconocido, una ciudad surrealista). Desde el momento de la partida y a lo largo de todo su viaje, no estará sola: la acompaña la hoja de arce rojo, un “amuleto” que transmite la idea de una identificación simbólica entre su color rojo y el del pelo de la niña. Este proceso empático finalizará con la completitud identitaria de ambas, la niña y la hoja: la niña, al autoconocerse y lograr un equilibrio emocional, y la hoja, al devenir completa en la copa del árbol rojo.

El camino de las pruebas para la protagonista consiste en una serie de instancias y vivencias de superación del sentido de discordancia y de cercenamiento de su identidad. Los conflictos psicológicos del crecimiento a los que la niña se enfrenta se condensan en imágenes simbólicas que Shaun Tan representa con toda su experticia: monstruos que acosan a la protagonista y que encarnan el autismo social en el que se encuentra; ciudades y paisajes que infunden su soledad y falta de confianza; escenarios que proyectan surrealísticamente el extrañamiento y la despersonalización que experimenta. Esta despersonalización se materializa en las imágenes del libro por medio de la representación gráfica del fenómeno de la autoescopia: la niña se observa a sí misma en un “otro yo”, que no es más que su doble, y que proyecta su yo interior fragmentado.

Al igual que ocurre con el género “cuentos de hadas”, el final del camino de las pruebas debe estar signado por la esperanza y el regocijo. Bettelheim (1994, p. 30) enfatiza esta cualidad del género, ya que luego de explorar conflictos humanos muy profundos, el cuento de hada concluye con un final esperanzador para proporcionar seguridad y dar esperanzas respecto al futuro. De igual modo, *El árbol rojo* concluye la ardua travesía de la protagonista con un final apoteótico y tranquilizador: la niña pelirroja regresa exitosa a su hogar luego de haber transitado un proceso de maduración interior. La completitud identitaria que logra, y que podría equivaler a la gracia última que obtiene el héroe clásico, le permite reconocerse y aceptarse tal cual es. Tal equilibrio se exterioriza en la imagen del árbol rojo, con su copa íntegra y repleta de hojas, y que deviene emblema del crecimiento de la protagonista. Es así como solo al final del viaje, con la superación de las pruebas, la niña logra un mayor conocimiento interior (posesión de los dos mundos) y “la libertad para vivir” simbolizada en el feliz reencuentro con la hoja inmersa en la copa del árbol.

La profundidad temática y el intenso simbolismo que Tan imprime en este cuento lo alejan de las narraciones modernas a las que Bettelheim (1994) califica como “historias seguras”. *El árbol rojo*, mediante el motivo del viaje de la protagonista, transporta al niño-lector a una aventura que no es más que el acceso a sus propios conflictos internos y que al finalizar le proporciona un sentido más profundo de la vida.

Referencias bibliográficas

- Arfuch, L. (Comp.) (2005) *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bargalló Carraté, J. (1994). Hacia una tipología del doble: el doble por fusión, por fisión y por metamorfosis. En C. Bargalló (Ed.) *Identidad y alteridad: aproximación al tema del doble* (pp. 11-25). Sevilla: Ediciones Afar.
- Bauman, Z. (2005) *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Bettelheim, B. (1994). *The uses of enchantment*. London: Thames and Hudson.
- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras: psicoanálisis y mito* (L. J. Hernández Trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Herrero Cecilia, J. (2011) Figuras y significaciones del mito del doble en la literatura: teorías explicativas. *Cédille. Revista de estudios franceses*. (2), 15-48.
- Ibarra, N. & Ballester, J. (2011). Escenarios textuales de la alteridad: literatura y viaje. *SEDLL. Lenguaje y Textos*. (33), 127-134.
- Lewis, D. (2001). *Reading contemporary picture books: picturing text*. New York: Routledge.
- Sarup, M. (1996). *Identity, culture and the post-modern world*. Georgia: University Georgia Press.
- Tan, S. (2001). The red tree. En S. Tan (2011), *Lost & found* (pp. 12-48). Singapur: Scholastic Inc.
- Tatum, B. D. (1997). *"Why are all the black kids sitting together in the cafeteria?" and other conversations about race*. USA: Perseus Books Group.
- Tyson, L. (1999). *Critical theory today: a user-friendly guide*. Londres: Garland Publishing.